



Universidad privada en Buenos Aires, 13-7-17 (Magali Druscovich/ANCCOM)

Los estudiantes de los sectores sociales más acomodados reconocen el prestigio de la universidad pública, pero se sienten más cómodos en establecimientos menos “politizados”, más “contenedores” y a los que concurren personas que consideran afines.

## Los motivos de la elección de las instituciones privadas

# El miedo a salir al mundo

por Sandra Ziegler y Sebastián Fuentes\*

Las universidades privadas en Argentina componen un conjunto heterogéneo en la actualidad. Se diferencian en el tamaño de su matrícula, en el perfil social del estudiante al que convocan con sus publicaciones, en la oferta académica, en la ubicación, en la infraestructura que ofrecen, etc. Universidades de elite (y para las elites), universidades para jóvenes “que trabajan”, universidades con gran oferta de tecnicaturas y carreras con “salida laboral inmediata”, universidades con “acompañamiento” de la situación social y educativa de los estudiantes, o simplemente especializadas en un campo disciplinar. Todas estas diferenciaciones evidencian que la diversificación institucional que signó al sistema de educación superior en los años noventa llegó para quedarse.

Se reconocen tres períodos de creación de universidades privadas en Argentina. El primero es el inmediato posterior a la reglamentación de la Ley Domingorena de 1958, que autorizó la creación de este tipo de instituciones después de años en que la Iglesia Católica reclamara la potestad para desarrollar establecimientos donde continuar la educación que los jóvenes recibían en sus colegios confesionales. El segundo período se inicia diez años después y se prolonga hasta 1974, con la creación de universidades privadas laicas, luego de un período de creación de algunas universidades privadas católicas y nacionales. El

tercer lapso se produjo entre 1989 y 1994, previo a la sanción de la Ley de Educación Superior, que instaló una serie de regulaciones y procedimientos formales para la creación de instituciones privadas. A partir de esa norma las universidades privadas crecieron, pero a un ritmo más moderado que en los períodos anteriores.

En la tercera ola es posible identificar una diversificación institucional de la educación superior que ya no sólo se diferencia por el arancelamiento o el rasgo confesional o laico. Las universidades empiezan a construir “nichos” que se distinguen más explícitamente por su apelación a grupos sociales específicos. Aunque las universidades privadas se orientan a nichos específicos, compiten entre ellas por sostener o incrementar su matrícula, en un campo donde también intervienen las universidades nacionales. En efecto, el conjunto de las instituciones no sólo deben sostener niveles mínimos de matrícula, sino que también compiten por el prestigio que detentan y por la captura de la matrícula en función del emplazamiento socioespacial de sus potenciales aspirantes.

El sistema de educación universitaria está integrado por ciento treinta instituciones a las que asisten un total de 1,8 millón de estudiantes. De ellas, sesenta y seis pertenecen al sector estatal y concentran el 80% de la matrícula. El 40% de las instituciones está asentado en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Entre 2000 y 2013 la matrícula se incrementó un 36,6%. Sin embargo, en ese período la cantidad de estudiantes que asisten a universidades privadas creció un 95%, lo que implica que han captado estudiantes que antes asistían a universidades nacionales o cuyos grupos familiares habrían podido elegir estas instituciones. La matrícula en las universidades nacionales, a su vez, creció un 26% en esos trece años (1).

### Flujos horizontales y verticales

Al considerar el proceso de elección, cabe advertir que los jóvenes contemplan diversos criterios: el conocimiento que poseen de la universidad y de la carrera; las recomendaciones de conocidos, además de las influencias del grupo familiar; la cercanía geográfica de la institución; la apreciación de sus instalaciones según criterios estéticos y de confort; la esperada sensación de seguridad y rápido conocimiento de la lógica institucional; la existencia de determinadas carreras o, simplemente, la posibilidad de realizar una opción, hasta “tener más claro qué hacer con mi vida”.

La elección no es un proceso con un inicio y un fin preestablecidos. Aunque en la lógica de muchos responsables de las políticas universitarias siga presente la idea de la trayectoria lineal y continua entre escuela secundaria y universidad, nuestras investigaciones están mostrando otros recorridos. Una carrera universitaria puede verse interrumpida no sólo por condicio-

nes socioeconómicas: la “decepción” de que la carrera elegida no era lo que se esperaba, “la universidad no me gustaba”, “me quedaba lejos y no me hallaba”, “al final me quería tomar un año para viajar y ver qué hacía”, son algunos de los relatos de los jóvenes de sectores medios altos y altos que cambiaban de carreras y/o de universidades, en un flujo que va frecuentemente de la universidad pública a la privada y, en algunos casos, en sentido inverso. Esta perspectiva nos lleva a pensar el sistema de educación superior como un sistema de flujos y movimientos de estudiantes en el contexto de un conjunto heterogéneo de instituciones.

Al analizar las dinámicas de elección, es factible identificar movimientos en las opciones entre universidades (que implican desplazamientos desde unas casas de estudio hacia otras), proceso que identificamos como flujos horizontales. Al tiempo que registramos también flujos verticales: jóvenes que asisten a escuelas secundarias orientadas a sectores altos, cuya elección en la educación superior tiende a circunscribirse al mismo patrón institucional.

### El desencanto

Los jóvenes que realizan su trayectoria educativa en escuelas de gestión privada y eligen universidades públicas como primera opción se hallan ante una serie de dilemas: el primero es justificar la decisión. Un fenómeno inverso al de las generaciones anteriores. Sus padres y abuelos, muchos de ellos egresados de la UBA, difícilmente debían justificar su elección: su primera opción era la gran universidad pública ubicada en la Ciudad de Buenos Aires hasta los años noventa. A la inversa, de haber elegido una institución privada posiblemente habrían tenido que justificar la opción. En ese entonces, los establecimientos privados estaban asociados a una educación de menor calidad, con la “sospecha” de que el pago contribuía a la acreditación y avance en la carrera, y a la idea de que en realidad era una elección de la familia y no del joven. Por el contrario, los estudiantes que hemos entrevistado se veían forzados a explicar por qué iban a la UBA y siempre se hallaban ante el mismo dilema: la UBA “es buena”, es decir, hablan de un prestigio que les llega heredado porque de ahí egresaron sus ascendientes. Al mismo tiempo, se encuentran con que “ya no es como era antes”, cuestionando no tanto su “calidad” académica, sino las condiciones institucionales y de enseñanza.

Una vez que han atravesado la justificación y concurren a la universidad pública, en los relatos de quienes finalmente deciden cambiarse al sector privado, aparece como comprobación el desencanto: “Al final (mis amigos, mis padres) tenían razón”. El movimiento de matrícula de las universidades públicas a las privadas se explica por diversas razones. Una de ellas es el “ambiente”: la “politización”, como la llaman, conlleva un rasgo constante de molestia y discomfort, además de una posición ideológica que muchos jóvenes de clase media alta y alta ven como minoritaria. La politización además tiene una estética: los pasillos de la universidad llenos de carteles de los centros de estudiantes. Y una sociabilidad: los referentes de las agrupaciones políticas invadiendo todos los espacios, interrumpiendo las clases, e incluso “tomando” la facultad. Es decir, no sólo experimentan la universidad como un espacio hostil en términos político-ideológicos, sino también en cuanto a las condiciones en las que transcurre en ella la vida cotidiana.

La experiencia del anonimato y la masividad de la universidad pública es una de las primeras dificultades a sortear, incluso por estudiantes de otros sectores de clase.

Una estudiante de Abogacía de una universidad privada relataba su primera visita a la UBA. Proveniente del interior de la Provincia de Buenos Aires, llegó a la clase abierta para ingresantes junto con su padre. Al salir, un estudiante confunde a su padre, vestido de traje, con su profesor. “El cuatrimestre ya había empezado hace rato –explica–. O sea que los estudiantes ni siquiera sabían cuál era su profesor.” La masividad de esta universidad nacional contrapesa el prestigio que aún le conceden estudiantes de clases medias y altas. La sensación de sentirse “ubicados” en una institución que “los contenga” y los reconozca los lleva, junto a las condiciones económicas, a decidir el pago de la universidad privada.

En los establecimientos privados, los estudiantes experimentan una trayectoria más lineal: sienten que las instituciones contribuyen al egreso, que hay menos “trabas”, que se puede hablar con las autoridades y que éstas los escuchan. En este sentido, la universidad semeja una escuela secundaria, y ello es añorado por quienes hicieron un paso por la universidad pública para luego ir hacia una privada. En síntesis, la experiencia anónima y masiva de algunas universidades públicas se contraponen a una vivencia de escala más reducida en las instituciones privadas. Horarios “más fáciles”, un espacio que parece más ordenado y, a veces, “más lindos”, como relatan: campus similares a los de las universidades norteamericanas, espacios que son “cómodos”, señalan el peso que tiene la infraestructura y la experiencia estética para sostener la vida universitaria. En muchos casos, además, los estudiantes se encuentran con una oferta académica más plástica que

la que ofrecen las instituciones públicas: tecnicaturas, títulos intermedios, carreras nuevas vinculadas con requerimientos “del mercado” son valorados. Y es allí también donde aparece la heterogeneidad de las trayectorias de los sectores medios altos y altos: mientras algunos apuestan a construir sus trayectorias de prestigio cursando carreras que definen como “tradicionales” (Abogacía, Medicina, etc.), otros lo hacen a partir de carreras más cortas o “novedosas”.

#### Espacios segregados

En el contexto demarcado por el flujo horizontal de estudiantes de universidades públicas a las privadas, las instituciones se desplazan, incluso espacialmente. Si bien el número de universidades privadas no se ha incrementado de modo considerable en la región de Buenos Aires, sí lo ha hecho el desplazamiento espacial de sus sedes. Las instituciones realizan estudios de mercado para comprender y tomar decisiones acordes con las elecciones cambiantes de los jóvenes. Así, por ejemplo, las complejidades de la vida urbana llevan a muchos estudiantes a buscar una carrera en una institución que “esté cerca” de sus domicilios. La cercanía no significa solamente poca distancia geográfica, sino cercanía sociocultural como parte de sus circuitos urbanos.

En el marco de un estudio realizado en escuelas secundarias privadas orientadas a los sectores altos, los profesores entrevistados (2) reconocen que hay una tradición aún vigente de estas familias de haber cursado estudios tanto en las universidades públicas (básicamente en la Universidad de Buenos Aires) como en las casas de es-

tudio privadas más antiguas (Universidad Católica Argentina o la Universidad del Salvador). No obstante, muchos advierten que la opción por las nuevas universidades privadas es una alternativa en crecimiento (Universidad San Andrés, Universidad Di Tella, Instituto Tecnológico de Buenos Aires, entre las centrales).

Los entrevistados señalan una tensión entre la opción por las universidades públicas que los profesores secundarios plantean y las elecciones que los estudiantes manejan entre sus preferencias. De este modo, las familias y también los propios jóvenes habitualmente continúan su formación en espacios institucionales que portan el mismo patrón de segregación de la escuela secundaria. Como contrapartida, los profesores suelen plantear la necesidad de generar, en el momento de elegir los estudios superiores, una “apertura al mundo” considerando que, luego de años de inclusión en el circuito privado de elite, es tiempo de elegir a las universidades estatales. Esta mirada se asocia a una preocupación que formulan los docentes secundarios acerca de los espacios segregados en que sus alumnos han sido socializados y la inquietud en cuanto a las posibilidades efectivas y las consecuencias que conlleva una formación en un espacio restringido sólo a un grupo de semejantes. En este sentido, hacen referencia a la formación en una “burbuja” que implica el riesgo de ser una experiencia social y educativa circunscripta a un gueto reducido que desconoce otros contextos y realidades y, por ende, constituye una propuesta más limitada.

De nuestros trabajos se desprende en primer lugar que las elecciones no son de-

finitivas, sino que en el sistema se registran recorridos en algunos casos fluctuantes entre universidades públicas y privadas, en donde hay flujos entre instituciones, con la salvedad de que lo que otrora resultaba la elección más “lógica” en pos de privilegiar la universidad estatal, hoy demanda otras justificaciones. En segundo lugar, se advierte la creciente consolidación de un circuito privado de educación superior de elite en relación estrecha con un sistema educativo que se ha configurado también con una fuerte estratificación interna. Sin embargo, para los sectores altos, la universidad pública todavía sigue siendo una posibilidad en la elección aunque su peso esté más asociado al pasado familiar. Por último, se abre un capítulo aún inexplorado acerca de los cambios en la configuración del sistema educativo puesto que la disputa por la matrícula, el prestigio y el status de la educación superior se encuentra en proceso de redefinición, y ello condiciona las trayectorias educativas y las apuestas de los estudiantes. ■

1. Fuente de datos: *Anuario de Estadísticas Universitarias*, año 2000 y *Síntesis de información 2013-2014*, SPU, Ministerio de Educación. Agradecemos a Nancy Montes por la sistematización de esta información.

2. Estas tendencias se desprenden de veinte entrevistas en profundidad realizadas en tres escuelas secundarias privadas de la zona norte del conurbano bonaerense para la tesis doctoral de Sandra Ziegler en 2012.

\*Respectivamente: Dra. en Ciencias Sociales e investigadora senior del Área Educación (Flasco), profesora adjunta, CEFIEC (FCEN, UBA); y Dr. en Antropología Social, investigador de Globalsport-Universidad de Amsterdam, becario Flasco/Conicet. Profesor investigador Untref. © *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur y UNIPE: Universidad Pedagógica

¡YA SALIÓ!

# El Atlas

## DE LA ARGENTINA



La democracia  
inconclusa

EN VENTA  
EN KIOSCOS  
Y LIBRERÍAS

Una obra imprescindible para entender los principales avances, desafíos y fracasos de una democracia aún en construcción.

LE MONDE  
diplomatique

www.eldiplo.org

Capital intelectual